

Domingo Trigésimo del Tiempo Ordinario 24 de Octubre de 2010

“Dos hombres subieron al templo a orar”

La oración es el tema central de esta parábola tan conocida, cuya finalidad concreta es distinguir la verdadera de la falsa oración.

“No necesitan de médicos los sanos, sino los enfermos” (Mt 9, 12). Esta afirmación tan clara de Jesús nos sitúa ante el hecho de la necesidad que tenemos de Dios. A lo largo de la historia el hombre siempre ha buscado, de una manera o de otra, a la divinidad. Es la cuestión de la religión en toda la variedad de sus expresiones. Ponerse en contacto con la divinidad es lo que llamamos oración. Buscamos a Dios, nos acercamos a El porque le necesitamos. Las más de las veces para pedir porque nos vemos débiles, pequeños y faltos. Otras para alabar, darle gracias reconociendo su grandeza y su amor.

Fijándonos bien en la parábola, descubriremos que el acercarse a Dios, la oración, no es tanto en beneficio de Dios, sino en el nuestro: “Os dijo que éste bajó a su casa justificado y aquel no”. La oración ha logrado un cambio en uno, mientras que en el otro no, aunque “subió al templo a orar”.

Dos tipos de religiosidad. El fariseo se acerca a Dios desde su autosuficiencia, con una contabilidad bien detallada de sus méritos. Va a la oración para que Dios tenga en cuenta su observancia de la ley tan exacta y generosa que incluso va más allá de lo prescrito. Desde esa autocomplacencia desprecia a los demás que son pecadores: ladrones, adúltero, injustos, como el publicano que tiene cerca.

El publicano, “sin atreverse a levantar los ojos al cielo”, empieza por reconocerse pecador y culpable ante Dios. Busca a Dios reconociendo su vida equivocada, pero deseando un cambio en su corazón: “Dios mío, ten compasión de este pecador”. Su inventario espiritual está vacío por completo. Sólo quien conoce esa triste realidad busca a Dios de verdad, como el enfermo al médico. Y, ¿quién no tiene una contabilidad deficiente, si no vacía? Hoy se oye decir: Yo no tengo pecado. Entonces, ¿para qué acudo a Dios? Dios envía a su Hijo al mundo a quien “pondrán por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados” (Mt 1, 21).

El Dios de Jesús, el Dios de la oración, es el Dios del amor y la misericordia. Dios no es el que recompensa, sino el que ama y perdona. Quien se acerca a Dios desde la realidad de su vida pequeña y no pocas veces equivocada, “baja a su casa justificado”. Se ha obrado en él lo que pedimos en el salmo 50: “Crea en mí un

corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme" (v. 12).

La postura del publicano tiene su dificultad. Actitud así es fruto de la humildad. Ser humilde no es tenerse así mismo por poca cosa, o considerarse siempre como alguien inferior a los demás. Humilde es quien se ve a sí mismo tal como es, intenta contemplar a los demás tal como son y pretende ver la realidad tal como se presenta.

Esta página del Evangelio nos invita a mirarnos con sinceridad y no engañarnos a nosotros mismos. A mirar a los demás con verdad y caridad. Ya lo dijo Jesús: ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo?" (Lc 6,41). A mirar a Dios con humildad, desde la realidad de nuestra vida, buscando al Dios que salva, no a quien hay que presentar una lista de méritos. El nos acoge, nos escucha y nos salva como Padre misericordioso que nos quiere como somos y de verdad.

La oración sincera y verdadera nos descubre nuestra intimidad y nos adentra en la intimidad de Dios "que ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo" (Lc 18,9).

Joaquín Obando Carvajal